

EL UNIVERSO AXIOLÓGICO *

MIGUEL BUENO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

A. Entidades axiológicas

1. *Intereses y entidades.* A partir de las observaciones efectuadas al señalar que la vida humana está saturada por toda clase de intereses cuya satisfacción comporta la existencia de valores, se deduce que la vida misma y el mundo que la envuelve se revisten por doquier de numerosos y diversificados valores que comportan satisfacción a los intereses respectivos; no es difícil concluir que el número y la diversidad de aquéllos, entendidos como satisfactores de éstos, resultan prácticamente ilimitados, como también el repertorio de formas y modalidades en que se verifican. Esta tesis se comprueba con sólo lanzar una mirada a lo que acontece en la vida, pues sería imposible encontrar un acto, momento, cosa, objeto, persona o circunstancia, que carezca de alguna significación axiológica, y por ende revista el valor respectivo; sabemos que todas esas entidades se encuentran ligadas de un modo u otro a la vida humana y generan en cada caso el interés que se traduce al correspondiente valor.

La importancia que adquieren los intereses en la esfera axiológica es decisiva, por lo cual nos hemos detenido a examinar la función que desempeñan en el origen y evolución del valor, mostrando cómo aparecen y se desarrollan en el transcurso de la vida individual y grupal, por cuya virtud se explica el decisivo tránsito que registran el concepto y la realización de los valores a partir de su rudimentaria manifestación en forma de reacciones mecánicas e instintivas frente a elementales requerimientos de la vida biológica, para ascender a los altos niveles de civilización y cultura donde alcanzan, valores y entidades, su pleno significado como contenido universal de la experiencia, culminando en la apoteosis que representa una vida consagrada al enaltecimiento de las facultades espirituales distintivas de lo humano.

Se plantea entonces el problema de externar en forma general o uni-

* Capítulo II del libro en preparación *Tratado de axiología.*

versal un concepto que se adapte unívocamente a tan divergentes manifestaciones; a partir de la designación que conferimos al valor como satisfactor de intereses, acuñamos ahora el concepto generalísimo de *entidades axiológicas* para denotar toda clase de elementos que poseen una significación de valor. Como es sabido, el concepto de *entidad* se aplica a todo tipo de seres, objetos, ideas, actos, obras, personas, circunstancias y demás connotaciones que puedan recibir la acepción unívoca de *entes*, o lo que equivale, existir de alguna manera y admitir una significación conceptual; el nombre de *entidad* proviene de la voz latina *ens, entis* que significa *ser*. No olvidemos que para la filosofía tradicional el concepto de *ser* es el más amplio de todos, y cuando se habla del *ente* o la *entidad* es tanto como referirse a un ser, al ser, a cualquier ser. A ello se debe que mantengamos la raíz entitativa para significar el concepto universal del ser, pero en vez de aplicarlo estrictamente como se observa en la filosofía clásica, lo verificamos de la manera más amplia sobre el concepto del valor, que es para nosotros el más universal de los conceptos, pues incluye toda clase de objetos existentes en la realidad, ya sea la naturaleza física o los que produce el hombre, y también los que de cualquier manera establecen alguna relación con la experiencia.

Así, bajo el concepto de *entidades axiológicas* se comprenden toda clase de elementos capaces de ingresar al ámbito de lo humano y motivar un contenido de valor; el concepto adquiere proyección particular, pero al mismo tiempo universal, en la infinita extensión de la vida, lo cual significa que las entidades axiológicas constituyen el contenido total de la existencia. Este concepto es el más amplio y comprehensivo, el más circunscrito de todos los que participan en el desarrollo de la vida humana, pues al hablar de ella como punto de partida en la generación de valores, se infiere el número prácticamente ilimitado de modalidades en que se presentan, coincidiendo con la infinidad de aspectos, situaciones, momentos e intereses que la envuelven por doquier. Esta acepción nos lleva a afirmar que el antiguo concepto universal del ser puede ahora replantearse con mayor ventaja mediante su asimilación al concepto universal del valor, que a la vez se proyecta en toda clase de seres, objetos, actos, obras, personas, instituciones, circunstancias, creencias, imágenes, recuerdos, fantasías, etc., que denominamos entidades e ingresan de las más diversas maneras al círculo de la experiencia, recibiendo *eo ipso* la atribución del valor.

2. *Entidades y valores.* Entre esas entidades se cuentan, desde luego, las personas que producen intereses, frente a los cuales dichas entidades adquieren significación axiológica; cualquier persona es entidad y puede ser al mismo tiempo objeto y sujeto de valor; por lo primero es obje-

to para cualquier otra persona, y por lo segundo es sujeto para ella misma, de modo que el ser humano es entidad *sui generis*, la única que puede generar toda clase de entidades axiológicas y ser entidad para sí misma. También se incluyen bajo esta denominación los objetos materiales que llamamos *cosas*, en la medida que desempeñan función de satisfactores y participan en la experiencia. Así pues, toda clase de elementos son susceptibles de recibir la connotación del valor, pero en primer término figuran los que derivan de la actividad humana deliberadamente concebida y ejecutada con propósito de realizar valores, como es el caso de obras y actos de la cultura, así como las experiencias en que se originan; este edificante sentido proviene de postular elevados ideales del espíritu cuya virtud constituye la motivación universal de la vida.

Sabido es que dichos ideales se designan por antonomasia con el nombre de *valores* y debemos reconocerlos como entidades prioritarias; pero también existen otras clases de entidades que reciben el mismo calificativo de axiológicas, por ejemplo, las ideas abstractas que se encuentran en cierto tipo de razonamientos y se conjugan en disciplinas científicas como las matemáticas o la filosofía; inclusive imágenes lucubrativas que forjamos en la fantasía son valores, por lo cual nos ocupamos de producir las; también proyectos que elaboramos o esperanzas que abrigamos a cada momento con miras a su realización como aspiraciones integrantes de la vida, son valores; todas esas entidades asumen el valor correspondiente a la naturaleza y función que desempeñan en la vida, exhibiendo gran importancia para bocetar el prospecto integral de las entidades axiológicas. Los sucesos acaecidos en el pasado denotan valor por el hecho de haber transcurrido en el tiempo y subsisten en la medida que se proyectan a presente y futuro, permaneciendo como elementos actuantes y reales, ya sean factores decisivos de la experiencia o simples recuerdos que subyacen en la memoria; acontecimientos pretéritos que tuvieron cierta importancia y la siguen teniendo en diversa proporción, pues lo que sucedió alguna vez nunca se borra hasta el punto de ser equivalente no haber sucedido. El valor de ejemplaridad que revisten los sucesos trascendentales es indiscutible, de manera que el acaecer histórico y la disciplina ocupada en estudiarlo se han llegado a considerar como fuente de enseñanza magistral para proseguir la actividad emprendida por generaciones pretéritas y llevarla a nuevas metas bajo el influjo de circunstancias muy diversas de las que en un principio los envolvieron.

3. *Valores ínfimos y negativos.* La vida biológica está determinada por complejo factorial de valores que posibilitan su desarrollo: sistemas y órganos del cuerpo hacen posible el funcionamiento vital y repercuten en

la actividad de mente y espíritu, de modo que la ingerencia en todas las formas de vida es irrevocable; esta observación es muy importante para captar la determinabilidad biológica y natural de los valores. A su vez, dichos órganos están integrados por elementos menores, como son los tejidos, que se componen por otros más pequeños, hasta llegar a las células del cuerpo; todas son entidades y cada una de ellas constituye un valor en su propia esfera de acción, desde el momento que contribuye al mantenimiento de la vida. Otro tanto sucede en el área psicológica, cuya dimensionalidad específica aporta carácter diferencial con respecto a la actividad biológica por lo concerniente a su estrecha vinculación con la vida. Se sabe que el *soma* o sustrato material está ligado indisolublemente a *psiqué* o sustento espiritual, y en conjunto factorializan los fenómenos psicósomáticos, cada uno de los cuales comporta un valor específico para la realización integral del ser humano. En todos los aspectos que podamos considerar, la vida refrenda el origen empiriológico del valor; cualquier elemento incluido en el complejo sistema biopsíquico se distingue por su contribución a la sobrevivencia del individuo y la especie, de modo que se extiende a la superación y representa un valor, aunque su presencia pudiera antojarse muy pequeña, como es el caso de una célula, o eventualmente una molécula. Todo lo que participa en la vida influye en ella y encarna el valor cuyo condicionamiento empiriológico señala que al margen del funcionamiento biopsíquico no tiene sentido hablar de valor, como tampoco de vida humana, entendida como existencia real, material y espiritual.

También en aspectos negativos se producen repercusiones axiológicas, pues no se encuentran sólo designios positivos absolutos e irrevocables, sino también negativos, de modo que junto a las entidades estimadas como *buenas* figuran las que ameritan el calificativo de *malas*. Volviendo al ejemplo de las células, sabemos que el organismo está integrado por miles de millones y no parecería que alguna pudiera asumir especial importancia sobre las demás, pero cualquiera puede en un momento desfasarse del ritmo natural de crecimiento y reproducirse con insólita celeridad, constituyendo una célula cancerosa que, de no atacarse a tiempo, causará la muerte del individuo y trastocará el entorno a que pertenece; no sería exagerado afirmar que algunas de estas células cambiaron el sentido de la historia al fulminar salud y vida de ciertos personajes de quienes dependía en alguna medida el destino de la humanidad, o cuando menos una parte de ella.

En todo esto advertimos la presencia de incontables factores y elementos que contribuyen de las más diversas maneras al surgimiento, evolución y progreso, o por el contrario, al deterioro, involución y supresión de la existencia. Se comprende que cada uno de dichos factores

pueda considerarse valor en la medida que se funda en la correlación universal con respecto a los intereses humanos y contribuye positiva o negativamente al desarrollo de la experiencia; ambos casos se colocan sobre el denominador común de los intereses y cubren la totalidad de la vida, con el infinito repertorio de motivaciones que representan los valores y atribuciones axiológicas correspondientes.

4. *Reflejo de lo humano.* Sería excesivamente prolijo intentar siquiera una descripción sumaria de todas las entidades que pueden recibir el calificativo de valor, desde el momento que éste se aplica a cualquier acto, objeto, persona, circunstancia, etc., que sólo satisfaga el requisito de relacionarse con la vida y cumplir directa o indirectamente alguno de sus múltiples requerimientos. El carácter esencial que encontramos en la abigarrada muchedumbre de tales entidades estriba en que cada una corresponde a un interés y cualquier elemento que actúe de manera positiva o negativa en el seno de la experiencia se considera entidad axiológica; los valores, entendidos en la abigarrada acepción de tales entidades, se encuentran en correspondencia con la multitud de seres, cosas u objetos que nos rodean, incluyendo los que existen en nosotros como elementos determinantes de la experiencia. Cualquier entidad del universo es potencialmente un valor y la posibilidad de recibir dicho atributo proviene de satisfacer un interés y constituye el reflejo de la naturaleza humana, lo cual genera demandas que se proyectan en el entorno vital y registran constante influjo de sus factores determinantes.

Podemos afirmar, entonces, que la expresión real y concreta de los valores representa la manifestación efectiva del ser humano, tal como se advierte en diversos casos y circunstancias de la vida; de ahí la conclusión que obtuvimos antes al afirmar que: *el valor es reflejo de la naturaleza humana.* Ahora se complementa y se hace más explícita al incluir el correlato de formas determinantes de la conducta, asumidas en función de elementos que la envuelven y condicionan en todos sus aspectos; así refrendamos el concepto original del valor como reflejo de la naturaleza y conducta del hombre, de su ser o actuar, en lo cual radica la virtud que llamamos *humanidad* del valor y constituye el denominador universal de las entidades axiológicas. Esta humanidad expone el carácter inexcelso de toda entidad en cuanto producto del hombre, y también en cuanto valor, pues ambos conceptos se involucran mutuamente, de suerte que toda manifestación humana entraña un valor y todo valor representa una manifestación del hombre. De ahí deriva la expresión del modo de ser y actuar como testimonio de su constitución y actuación en la vida.

5. *Valores reales.* La enorme importancia que adquiere el concepto realista del valor se revela a medida que profundizamos en su significado y se verifica como denominador universal de la existencia, cuyas ramificaciones se amplían de acuerdo al infinito número de modalidades que reviste la experiencia axiológica; sabemos que ésta equivale a la vida interpretada en su aspecto real mediante la correlación del valor, como búsqueda de satisfactores para el cumplimiento de intereses. La experiencia axiológica se convierte en símbolo y síntoma de la naturaleza humana, de suerte que conducta y experiencia se vinculan de manera indisoluble en la interrelación que señalan los valores con el mundo natural y cultural.

Directa consecuencia de la humanidad del valor es el amplio conocimiento que puede y debe obtenerse en todo lo humano a través de la axiología, entendida como determinación integral de vida, desde el momento que conduce a la infinita gama de valores efectuados en ella; así se expone el verdadero sentido de la experiencia, de suerte que el análisis axiológico permite construir la imagen óptima del ser humano, cifrando su preocupación esencial en todo lo que es bueno o deseable; de tal guisa se proyectan sus aspectos en la realidad, configurando cada valor como signo y expresión del ser, de sus aspiraciones, deseos, necesidades, intereses, proyectos, imágenes y, en general, de todo, absolutamente todo lo que en una forma u otra nos concierne.

De ahí deriva el estrecho paralelo fincado entre la problemática axiológica y la antropológica, sobre el denominador común que representa la humanidad del valor. La vida está integrada en su transcurso real por infinidad de entidades a cual más diversas cuyo sustrato se encuentra en el ámbito universal de las motivaciones axiológicas; cada una de ellas pertenece a un grupo específico de elementos similares y en algunos casos se presentan en forma singular e irrepetible, pero todas son entidades que pertenecen a la experiencia y figuran como contenido vivencial.

La conclusión que deriva de estas observaciones consiste en afirmar que todo elemento de experiencia revela, por el solo hecho de confrontarlo, correlación con el hombre e inmersión en la vida, por cuya virtud adquiere rango axiológico y puede considerarse como valor. A partir de esta conclusión acudiremos a ejemplos comunes que verifican la acepción humanicista del valor e inducen al reconocimiento de las entidades ontológicas en calidad de axiológicas, sobre la base de aceptar lo humano como correlato indefectible de la experiencia; en ella encontramos un amplio camino que permite interpretar axiológicamente los objetos cotidianos, descubriendo así la diversificada atribución humanista según el principio universal del valor como noción universal del

ser; tal es la tesis que ahora desarrollamos, y la vía más directa para su comprobación consiste en dirigirse a la esfera de objetos naturales para observar de qué manera cumplen un propósito o desempeñan una función vinculada a los intereses humanos.

6. *Ejemplo: el agua.* Elemento tan abundante en la naturaleza como es el agua constituye entidad real y material que ha sido producida con independencia del hombre, pues existe desde hace millones de años sobre la faz de la Tierra, pero representa un valor en la medida que el hombre la percibe, conoce, aprovecha y transforma en múltiples aspectos para su beneficio. Por ello es que el agua, además de representar un ser como objeto real o material, constituye un valor y, hablando en rigor, encarna nutrido grupo de valores; sería imposible enumerar siquiera las aplicaciones directas e indirectas que reviste el líquido elemento en la generación, preservación y superación de la vida, pero no está por demás recordar que el cuerpo humano se integra en su mayor peso y volumen con agua, que es el principal elemento en la sangre y en la composición de los tejidos, y lo es también para el metabolismo, pues sin ella no funcionarían órganos y sistemas.

La presencia del agua cubre parte mayoritaria de la superficie terrestre; en su interior se originó la vida y de ahí proviene la inmensa mayoría del oxígeno existente en la atmósfera. El agua se acumula en enormes volúmenes y sobre grandes superficies; podemos navegar a través de mares, océanos, lagos y ríos; allí se desarrolla la colosal flora y fauna que constituye importante factor de ecología y fuente de vida; se estima como el más abundante reservorio de alimentos. El agua posibilita la formación de nubes que originan la precipitación pluvial, forma parte de incontables productos que desempeñan numerosas funciones en usos domésticos, industria y desarrollo. Cualquier cantidad de agua, por grande o pequeña que sea, desempeña cierta función como valor en proporción y modalidad variables; inclusive una gota constituye valor efectivo, y así tenemos que el océano, con toda su inconmensurable grandeza, está formado por infinidad de gotas, de modo que cada una tiene el valor proporcional correspondiente a su dimensión.

En cualquiera de los estados físicos se encuentra con abundancia tal que solemos desapercibir su importancia en pequeñas cantidades; sin embargo, un vaso de agua puede ser elemento decisivo para una vida, como sucede con el clásico ejemplo del sediento en el desierto; o una simple gota puede ser muy importante cuando revela ciertos datos en análisis de laboratorio. Para algunos poetas una gota de agua vertida en forma de lágrima es motivo de inspiración, y así sucesivamente. En todos estos casos se contempla en la entidad ontológica una función o

un cúmulo de funciones inherentes mediante su relación con lo humano, por lo cual el agua, elemento existente en la naturaleza con independencia del hombre, se convierte en valor fundamental para él a partir de innumerables aplicaciones que entablan abundoso conjunto de vínculos en los cuales, de los cuales y por los cuales se pone a su servicio.

El ejemplo que elegimos es aparentemente trivial, elemental y material, pero se justifica por la multitud de variantes que reviste el agua como valor, hasta el punto de que podría inferirse la doctrina de Tales: *el ser es el agua*, no sólo por su abundancia en la naturaleza, sino también por la múltiple función que desempeña como valor en la vida, lo cual autorizaría a entenderla prioritariamente como entidad axiológica y subsumir su atribución ontológica bajo el concepto de valor.

7. *Otros ejemplos.* Prosigamos la exploración en el mundo de las entidades axiológicas para obtener algunos ejemplos y mencionar el tipo de valores que corresponden. Antes de que América fuese descubierta supuestamente por Colón, este continente significaba el habitat para nativos, pero no tenía ningún valor para otros continentes, lo cual exhibe valores de ubicación; al desembarcar los tripulantes de la expedición española adquieren las nuevas tierras extraordinario valor frente a la perspectiva europea, y recíprocamente, Europa asume importancia decisiva en el destino americano, de modo que se manifiestan valores de relación. Análogamente, un terreno inaccesible del cual no se obtiene ningún provecho no representa valor para el hombre, aunque pudiera serlo virtual o potencialmente, como sucede con toda clase de entidades por el solo hecho de ser percibidas, pensadas, concebidas o imaginadas, cuya propiedad exhibe valores de concepción. Las áreas donde se desarrollan cultivos revisten valor definitivo por los intereses que deliberadamente satisfacen; a tal efecto se debe precisamente la existencia de cultivos, quedando en evidencia valores de producción.

En otro orden de actividades, una caminata tiene el valor de permitir el traslado de un lugar a otro, y aquí podría fincarse el valor de desplazamiento; corresponde también valor proporcional a cada paso producido, de modo que cada uno representa valor de integración; estamos constantemente dando pasos reales o figurados, y aunque no parecería que uno de ellos tuviese determinado valor, el hecho es que todos lo poseen en la medida que forman parte de la vida, e inclusive hay algunos que revisten singular trascendencia, como sería el paso crítico de un alpinista para cruzar un sitio peligroso, valor de ocasión, o el paso memorable que produjo el cosmonauta al posar su planta en la Luna, cuyo valor es de enorme significación en muchos aspectos.

Ciertos objetos adquieren valor insólito en condiciones peculiares; se

cuenta del monarca que hallándose perdido en la batalla exclamó: *¡Mi reino por un caballo!* y naturalmente éste es un excepcional valor de circunstancia. Recuérdese el imaginario punto de apoyo que buscaba Arquímedes para "mover" al mundo; sería significativo valor en mecánica celeste y virtualmente comporta valor imaginario para la intervención del hombre. Sucesos como estos revelan decisivamente la existencia de múltiples valores que se reflejan en objetos, problemas o casos de valoración; se encuentran constantemente y corresponden a condiciones normales para satisfacer necesidades e intereses de todo orden; mientras algunos representan valores de excepción, cualesquiera que sean los valores elegidos o supuestos, así como las entidades donde se realizan, todos cumplen invariablemente el requisito de entablar una relación con el hombre.

8. *Correlación universal.* Las consideraciones anteriores proporcionan recurso útil para ilustrar de manera accesible el amplio y diversificado sentido que asume el valor en la satisfacción de necesidades y deseos, pudiendo hacerse extensivo a la totalidad de seres, objetos, circunstancias, etc., que se encuentran en la naturaleza y adquieren sentido axiológico mediante su vinculación con el hombre. La correlación generadora del valor se observa de modo universal con cualesquiera objetos, seres, actos, situaciones, circunstancias, obras, personas, instituciones y demás entidades que puedan traerse a colación frente a los intereses humanos. Se verifica la compleja operabilidad de elementos que ingresan en la experiencia, incluyendo la convalidación axiológica que admiten las cosas reales, existentes con independencia del hombre, cuya relación de valor se finca en el hecho de ser descubiertas por él y aplicadas para su beneficio con algún sentido inmanente a su vida.

Así se constata la validez de objetos y demás entidades que se encuentran en la realidad, la cual debe interpretarse de manera más amplia no sólo como realidad física o natural, sino también y primordialmente como realidad axiológica o cultural, e inclusive pudiera tratarse de una realidad virtual o fantástica, pues toda fantasía es algo real para el hombre en cuanto producida por él. Lo propio sucede en el mundo de la cultura, que no en balde lleva en su nombre la idea de cultivo, de modo que se funda una estrecha analogía entre tierra y espíritu por cuanto ambas son materia de cultivo y comportan el valor que corresponde a la infinidad de posibilidades imbricadas en su aplicación.

En todo ello se incluyen innumerables valores derivados de la correlación universal que entraña la idea del desarrollo como cultivo producido por el hombre en relación a él mismo. Queda, pues, suficientemente esclarecida, la existencia de entidades axiológicas, y la diferencia, pero

al mismo tiempo semejanza que existe entre ser y valer; todo ser adquiere valor en términos de correlación humana básicamente presupuesta en su conocimiento. El ser universal constituye el vasto problema de la filosofía, particularmente con el tratamiento que le confiere la epistemología; ahora lo hacemos vigente con insospechadas consecuencias en el dominio de la axiología al reconocer que las cosas asumen valor en la medida que las concebimos; la dependencia del ser con respecto al pensar se funda en el seno de la correlación ontológico-epistemológica, y se verifica en el campo del valor. A tal efecto puede fincarse y refrendarse el siguiente postulado: *las cosas tienen sentido para nosotros en la medida que las percibimos, conocemos y valoramos; el valor está determinado por la correlación universal respecto a la existencia humana.*

B. Universalidad y universo

1. *Problema universal.* Las cuestiones expuestas hasta ahora pueden canalizarse a la preocupación tradicional de la filosofía, consistente en obtener un concepto universal del mundo y la vida; en este caso el propósito es abordable prosiguiendo los términos señalados por el valor, cuyas manifestaciones particulares se integran para apuntar a la deseada cosmopsicovisión; el planteamiento axiológico señala de qué manera es posible abonar materiales conducentes al concepto universal de mundo y vida adoptando como punto de partida la experiencia del valor, o sea la proyección de intereses en el ámbito particular y contingente de la existencia, con objeto de proceder a su refundación y refundición en el concepto universal del valor. Esta doctrina constituye la clave para resolver el problema clásico de la filosofía, desde el momento que la cosmopsicovisión universal no debe ser abstractiva, sino se constituye sobre manifestaciones particulares y concretas de la experiencia; de ahí que el requerido concepto universal se establezca en paralelo a la universalidad del valor y se difunda por todo el ámbito de la vida. Conviene enunciar, a manera de sinopsis, las siguientes nociones de capital importancia relativas a la

COSMOPSIKOVISIÓN AXIOLÓGICA

a) *Problema.* El problema axiológico induce a buscar un concepto universal del mundo y la vida fundado en el valor.

b) *Disciplina.* La axiología se justifica como disciplina autónoma en la medida que acoge este planteamiento universal.

c) *Experiencia*. La universalidad del valor se verifica en la particularidad entitativa y factual de la experiencia.

d) *Concepto*. La cosmopsicovisión axiológica refleja la universalidad del valor en la totalidad de la vida.

e) *Universo*. El universo axiológico denota la conjunción de entidades incorporadas a la experiencia del valor.

2. *Empiricidad y universalidad*. Es un hecho que el planteamiento tradicional de la filosofía, consistente en abordar el proyecto de cosmopsicovisión, entraña esencial demanda de universalidad; sin embargo, no sería factible alcanzar este rango en axiología sin pasar por los niveles de particularidad y singularidad presupuestos en la experiencia, no sólo en razón directa de objetos y cosas que configuran la vida, sino también de las vivencias que en ella se encuentran. La cosmopsicovisión debe entenderse como síntesis totalizante de materiales que proporciona la experiencia a título de información primaria sobre actos, obras y circunstancias que la integran, de suerte que el intento de obtener una cosmopsicovisión constituye, en cuanto tal, un recipiente formal y vacío donde se vierte el contenido material de la experiencia, como ocurre con las teorías filosóficas cuando vinculan adecuadamente los polos de realidad e idealidad, evitando incurrir en excesos abstractivos y lucrativos.

A partir de este planteamiento, el concepto universal que nos ocupa asume la doble función de principio y fin, punto de partida en el problema planteado y meta por alcanzar en la resolución. Al momento de postular la perspectiva axiológica en un plano universal la hacemos integralmente extensiva a la experiencia, y con ello se incorpora el problema de cosmopsicovisión a la objetividad del valor, sobre el presupuesto de realidad cultural como condición básica para fincar los parámetros operativos del problema. En ello se imbrica el origen fáctico del valor en paralelo al diseño teórico de la axiología; el esclarecimiento de lo que significa la realizabilidad intrínseca de los valores admite como premisa mayor el hecho de reconocer la experiencia como sustento real y objetivo del valor mismo; recíprocamente, se admite el valor como denominador común de la experiencia, con lo cual se conjugan ambas polaridades epistémicas.

Así es como el concepto universal del valor y la paralela cosmopsicovisión axiológica no se reducen exclusivamente a una imagen lucrativa, a la manera abstracta como supone la filosofía tradicional; comprende intrínsecamente las acepciones particulares derivadas de la experiencia y asumidas tal como se generan en diversos niveles y modalidades mediante su desarrollo en la realidad. Así se construye el

inconmensurable universo integrado por entidades axiológicas y se registran plurales acepciones del valor; ilimitada cantidad de las mismas se sitúa en correspondencia a los niveles de particularidad en que se realizan, con las acepciones concretas que se manifiestan en actos, obras y circunstancias generadas en la experiencia, de suerte que el concepto universal del valor se verifica en las entidades singulares de la vida, entendiéndose que cada una alberga diverso contenido axiológico.

A partir de la dicotomía fincada en requerimientos materiales o biológicos y espirituales o psicológicos, se comprueba que ambas suertes de intereses aparecen por doquier, de modo que el hombre no puede evitarlos ni tendría por qué hacerlo, pues se presentan con la adecuación correspondiente al interés respectivo, estimulando el generalizado progreso derivado de intereses concernientes a la existencia. El alcance de los valores se extiende en doble lineamiento material y espiritual que corresponde a entidades de la misma índole, ocupando sendos estratos de realización que presuponen la integralidad experiencial. Si permitiéramos que la égida del valor se restringiera a necesidades materiales, el concepto de mundo y vida se reduciría a burdo pragmatismo, pero si la ampliamos a requerimientos espirituales, se abarca un territorio mucho más rico y abundante que el material, incluyendo valores fundamentales como son indudablemente los del espíritu. La extensión universal del valor obedece a que la naturaleza del hombre se proyecta en toda suerte de actos, obras o circunstancias que constituyen la vida y generan correspondientes modalidades axiológicas, sin que deba arbitrariamente eliminarse ninguna de ellas.

3. *Universalidad y universo.* Así llegamos al núcleo de nuestra problemática, consistente en el establecimiento del universo axiológico en calidad de recipiente integral de valores humanos, cuya función estriba en incorporar los contenidos que aporta la experiencia escindida básicamente en los hemisferios material y espiritual; ambos atañen por modo ineludible a la naturaleza y conducta del hombre. El concepto que postulamos mediante el reconocimiento del valor como lo humano y término de relación humana, reafirma en ambos aspectos la idea expresada en un principio: *valor es todo lo que atañe al hombre.*

La idea de universalidad desempeña papel primordial por cuanto a través de ella se explica el desarrollo del problema valorativo y el surgimiento de la axiología; cualquier disciplina filosófica se apoya en la aceptación de universalidad como criterio distintivo del planteamiento, lo cual explica la importancia básica que se confiere a dicha noción. En estrecho vínculo con el concepto de universalidad se presenta el de universo, aunque reviste connotación directamente relacionada

con la experiencia a través del valor, en cuyo efecto se erige como universo axiológico, o sea el conjunto de entidades que representan realización integral de valores. Este universo configura el concepto integrativo de la experiencia e incorpora los abundantes contenidos de valor que en ella se producen; explicar su significado requiere que precisemos en primer término en qué consiste la noción de universo axiológico, pues su dimensión intelectual comporta el concepto universal por excelencia en la medida que abarca todos los elementos que, de un modo u otro, admiten significado de valor.

Sabemos que cualquier entidad exhibe este significado mediante el establecimiento de la correlación humana; el concepto de valor se interpreta como universo refiriendo el contenido de las entidades que integran la experiencia en virtud de que producen, reciben o constituyen elementos que de un modo u otro ingresan en la vida y comportan significado de valor; éste puede ser de la más variada índole, pues las entidades experienciales se revisten de una acepción axiológica mediante la relación que establecen los intereses humanos, de modo que el universo axiológico puede así definirse como: *el conjunto de todos los elementos que en una forma u otra ingresan a la experiencia mediante su correlación con los intereses humanos.*

4. *Razón de universalidad.* La importancia de este concepto estriba en que por su conducto se establece la perspectiva más dinámica y fecunda para la vida, desde el momento que en él se abarcan las entidades que de cualquier forma ingresan al perímetro de la experiencia. La caracterización del universo axiológico se efectúa de manera genérica al señalar su constitución en el marco referencial que se extiende por todo el ámbito de la realidad, a cuyo efecto resalta la presencia infinita de elementos que reciben la connotación de valor. Así se motiva la correspondiente universalidad axiológica; el carácter integral de la vida como realización del valor nos lleva a señalar que un universo no es sólo en sentido formal de agrupar todos los objetos que pertenecen al mismo género, sino también por la atribución material que induce a reconocer los elementos que de un modo u otro revisten algún sentido para el hombre; son ellos y sólo ellos, los que realmente existen para él. Así se comprende el universo humano como conjugación del infinito número de entidades que lo constituyen, asumiendo en cada caso el contenido de valor que deriva de la concomitante vinculación a sus intereses.

La razón que se presenta para alcanzar la universalidad del concepto relativo a mundo y vida, deriva como culminación de la experiencia axiológica y obedece al hecho de que el ilimitado número de objetos o vivencias que la configuran pertenecen inequívocamente al universo

del valor. A partir de la multiplicidad axioempírica en que debuta dicho concepto, llegamos a la idea teórica del universo axiológico y reflejamos en él la fundamentación, culminación y sublimación de la experiencia; sabemos que este universo incorpora todos los elementos que se encuentran en relación con la vida humana y su verdadero sentido se polariza a la totalidad de las entidades cuyo denominador común se encuentra en el humano interés por la concepción y realización de valores.

5. *Universo y experiencia.* El problema inherente a la cosmopsicovisión se encuentra en el umbral de la filosofía, como se constata al observar que las doctrinas inquietan por el sentido universal de la existencia, o por la unidad total del ser; el surgimiento de la axiología obedece a la aceptación del problema universal formulado mediante la conjunción integrativa de la experiencia a través del valor, pues de otro modo permanecería anclada en los planteamientos del ser y el conocer, como aconteció durante la mayor parte de la historia. El anhelo tradicional de la filosofía se proyecta a la temática del valor, en base a un concepto que se manifiesta primordialmente como concepto y no intuición o imaginación; es universal en el doble sentido que aspira a reflejar la universalidad del problema y de la solución, cuyo doble requisito constituye la clave para el surgimiento de la axiología; su meta está cifrada en la cosmopsicovisión axiológica y comporta el cumplimiento del designio clásico interpretado por conducto del valor.

En el concepto realista y multivalente del universo axiológico culmina la evolución histórica de la indoctrinación filosófica; su prolongada trayectoria conlleva la formulación material de tesis específicas derivadas de la experiencia, pero este concepto no denota universo a la manera del mundo físico de la naturaleza que ahora enfatizamos como *universo cosmológico*, cuya postulación empírica en el ámbito filosófico involucra una postura metafísica, en última instancia nugatoria de la experiencia en dimensión axiológica; de manera más amplia, el concepto de universo puede aplicarse, y de hecho se aplica, a cualquier ámbito circunscrito que incluya un conjunto de objetos suficientemente delimitados para fincar la esencia del conjunto respectivo, y por consiguiente al conjunto mismo. La delimitación se efectúa principalmente en el aspecto cualitativo mediante la puesta en juego de su alcance conceptual; así se determina el tipo de elementos que configuran diversas regiones del ámbito cognitivo, de lo cual deriva la delimitación cuantitativa concerniente al número de objetos que ingresan en dicho conjunto; pero esta consecuencia es secundaria frente a la delimitación cualitativa inherente a la índole del propio conjunto. Así existe una diversidad de universos y

en cada uno se encuentra la pluralidad de seres, objetos, circunstancias, etc., que exhiben unidad de participación conceptual, derivada del concepto básico respectivo, por cuya virtud se incorporan los objetos o entidades que informan el universo en cuestión; en el caso del valor, son todos los objetos o entidades existentes, concebibles, comprensibles e interpretables a través del prisma axiológico.

6. *Mundo y universo*. La formación de la palabra *universo* verifica lo que acabamos de señalar y al mismo tiempo explica de manera elocuente a qué obedece su significado; el origen semántico se encuentra en dos vocablos como son *uni*-dad de lo *di*-verso. Cualquier agrupación suficientemente delimitada en su alcance y significado, registrará cierta unidad en función del concepto delimitativo por el cual incorpora diversidad de elementos al concepto operativo en cada caso. De análoga manera se aplica la idea de *mundo* en el uso común, pues reviste un significado similar al de *universo*; así se observa, por ejemplo, cuando decimos: *el arte depara un mundo de emociones; la matemática encierra un mundo de conceptos; la filosofía entraña un mundo de problemas*, etc. En cada caso puede sustituirse la palabra *mundo* por *universo* y el significado permanecerá invariante; el concepto básico determina la naturaleza del universo en cuestión e indica su unidad connotativa, de modo que es factible comprender al universo axiológico frente a los demás universos conceptualmente configurados en la evolución histórica de la filosofía, llevando a cabo su explicación mediante la unidad connotativa que opera en cada uno.

De lo anteriormente expuesto se deduce que el requerimiento de universalidad no equivale a exigencia abstracta de universalidad absoluta, infinita o ilimitada, ni tampoco se circunscribe al ámbito fragmentario y casuístico de la empirie, pues aún entendiéndolo a esta última como universo real, se tratará de llegar a una cosmopsicovisión que, siendo teórica, pueda asumir al mismo tiempo la concreción particular distintiva de la empirie y comprenderla como experiencia vital; así se determina la puesta en contacto del hombre con la realidad, con su realidad cultural porque la produce, asimila, entiende y explica por conducto del conocimiento y los valores. Refrendamos con ello la similitud establecida entre los conceptos de *existencia* y *conciencia* comprendidos por medio de la *experiencia*, que envuelve la correlación axiológica y se ubica en el nivel básico en aras del concepto universal del valor.

El significado que reviste la idea de universo axiológico se refleja en la necesidad de alcanzar el concepto universal del mundo y la vida a través del valor; esto significa, en otras palabras, que dicho universo

descansa en el concepto universal del valor, a través del cual resulta contemplable, explicable, interpretable, realizable, asimilable y exigible la concepción universal del ser como clave para el diseño de cosmo-psicovisión filosófica. Concluimos entonces que incidir en el universo axiológico induce a formular el concepto universal de mundo y vida a través del valor; por su parte, el concepto universal del valor se constituye y comprende mediante el examen del concepto universal del ser efectuado en el campo de la experiencia, con el señalamiento de los elementos que la conforman, pero no se agota en la experiencia misma, en cuyo caso incurría en elemental empirismo.

7. *Ser y valor.* En axiología aparece situación similar a la que en ontología afirma la existencia del ser-en-sí, lo cual comporta el concepto del ser como independiente del hombre; sin embargo, sabemos que este concepto es superado por la epistemología crítica con base en observación de la experiencia: demuestra al ser como siendo *en-mí*, desde el momento que para nosotros sólo tiene sentido la noción del ser en la medida que sabemos algo de él. Análogamente, la axiología tradicional propende a considerar la existencia de un *valor-en-sí*, entendido como entidad paradigmática y absoluta, pero esta tesis es insostenible y, como en la antigua metafísica, el criterio de la moderna axiología efectúa una crítica del valor entendido como independiente del hombre, rechazando su concepción a manera de prototipo lucubrativo y absoluto, como si fuera eterno y existiera en lugar determinado, más allá de nuestro mundo. Este concepto es no sólo superable, sino insostenible, y debe ser reemplazado por la acepción del *valor-en-mí*, análogamente a como se incubaba la noción del *ser-en-mí* en el seno de la epistemología crítica. Esta tesis constituye el núcleo de la experiencia axiológica y conduce a la justificación del valor en orden a la correlación funcional y conceptual del valor, cubriendo los ingredientes de materia y forma que se complementan recíprocamente en el proceso integrativo de la experiencia.

El problema del ser puede y debe traducirse al replanteamiento del valor mediante la criticación que ocurre de acuerdo a pautas metodológicas observadas en epistemología; la problemática del valor se inspira en similar proceso previamente ocurrido en torno a ser y conocer, con inflexiones humanas inherentes al nuevo concepto, lo cual implica profunda revaloración en cuestiones de uno y otro; todo ello genera el concomitante viraje de coordenadas ontológicas y epistemológicas hacia las antropológicas y axiológicas, determinando el sentido universal y direccional de la experiencia. El concepto del valor se precisa en términos de genealogía humana, de manera similar a como ocurre con el

replanteamiento del ser en conocer y valer. Llegamos así a la conclusión de que el conducto óptimo para erigir la deseada cosmopsicovisión es el valor, no sólo por su universalidad intrínseca e inexceptional en la vida, sino también por la correlación que se contempla respecto a los conceptos de ser, conocer, hacer y vivir.

La conclusión que obtenemos ahora señala que la índole del ser es trascendible en cuanto concepción ontológica, desde el momento que se manifiesta incluida en las nociones epistemológicas; también es suceptible en el seno de la cosmopsicovisión axiológica, donde se expone por modo directo y universal la presencia de intereses humanos. El núcleo del problema se localiza en la identificación que establecimos al principio entre lo humano y el valor, la cual proviene a su vez de similar identidad prelativa y alternativa entre lo humano y el ser, lo humano y el conocer, lo humano y el hacer, lo humano y el vivir. Esta identidad prosigue en lineamientos básicos la inflexión generada por el criticismo al esclarecer la dependencia de objetos con respecto a la idea, agregando la dependencia de la idea con respecto al valor, que a la vez se proyecta al señalamiento de la mencionada cosmopsicovisión, o sea el concepto universal del mundo y la vida. Aquí se funda la dependencia del ser y el conocer con respecto al valor, orientado genéticamente hacia los intereses humanos; sobre este camino se llega a la condición esencialmente crítica y antropológica que justifica a la axiología como base para obtener la cosmopsicovisión o *Welt-und-Lebensanschauung*, buscada tradicionalmente por la filosofía y ahora contemplada a través del valor.

8. *Replanteamiento axiológico.* La consideración anterior no significa que los atributos ontológicos desaparezcan, aunque pueden explicarse de mejor manera si los contemplamos bajo la óptica del valor, que a la vez presupone los conceptos de conocer, hacer y vivir, además del primigenio concepto del ser. En tal virtud, todo lo que tiene algún sentido para nosotros lo adquiere porque se relaciona con nosotros mismos, ya en el hecho de conocerlo o porque sirve a nuestros intereses, o por ambas razones, pues la dependencia frente al hombre se registra en todos aspectos; los conceptos básicos del filosofar son subsumidos en este último, desde el momento que el conocimiento implica una correlación de valor en razón directa de los intereses humanos, lo cual incluye la verdad que expresa, pues obviamente el valor característico del saber es la verdad y es también el valor esencial de la vida.

El sentido crítico y dinámico de la experiencia axiológica nos dice que los atributos ontológicos se explican epistemológicamente y engloban en cada caso las aplicaciones inherentes a su relación con el hom-

bre; cualquier objeto mantiene el sentido ontológico implícito en su naturaleza, pero a través de la experiencia se convierte de *ser* en *conocer*, *hacer*, *vivir* y *valer*, de modo que exhibe tantos valores como funciones de conocimiento posee, necesidades satisface e intereses genera. Merced a este proceso transitamos del ser al valor; la realidad ontológica se erige en epistemológica, antropológica y axiológica, de análoga manera a como la problemática tradicionalmente acogida en ontología se convierte en replanteamiento homólogo para la epistemología, se traslada con sentido más amplio a la antropología y alcanza su máxima dimensión en axiología. Estas observaciones se aplican a cualquier objeto o entidad que quiera traerse a colación, pues la posibilidad de fincar un vínculo de valor a través de la experiencia es universal.

La correlación axiológica abre la compuerta para llevar a cabo la explicación del valor como fundamento de cosmopsicovisión universal; para ello es necesario efectuar un examen más amplio del replanteamiento que conlleva en primer término la justa comprensión de la experiencia valorativa como reflejo de la experiencia cognitiva y también como superación de la ingenua vivencia ontológica presumida en el sentido clásico del *ser-en-sí*; la remodelación de la temática tradicional ocurre en la indoctrinación crítica mediante el síntoma de la recurrencia cíclica que acusa el problema homólogo en cada etapa agógica de transición histórica. Al proseguir la pauta exegética de experiencia axiológica se llega a sistematización axiomática en paralelo a la evolución genética y explicación teórica del valor, transitando de la acepción pragmática que responde a intereses cotidianos del vivir para acceder al trascendental nivel de experiencia cultural, donde se exponen bajo forma de actos y obras las elevadas expresiones del espíritu. Todo ello se traduce en secuencia paralela de conceptos que localizan el sucedáneo doctrinario similarmente expuesto en cada uno de los sectores con respecto a los demás. De ahí surge el tratamiento isomorfo que refleja axiológicamente el manejo de cuestiones expuestas con anterioridad en ontología, criticadas en epistemología, generalizadas en antropología y sublimadas en axiología; así se determina la subsunción ontológico-epistemológico-antropológico-axiológica que constituye la clave para la explicación del proceso evolutivo en las doctrinas históricas a partir de los correspondientes niveles de experiencia.

9. *Subsunción y metatesis.* Debido a esta condicionalidad criticante, se comprende por qué el conjunto de disciplinas tradicionales y sus diversos postulados pueden asimilarse al ámbito del valor, aunque durante mucho tiempo recibieron la denominación específica de disciplinas clásicas, o de alguna ciencia particular tratándose de experiencia

concreta. En tal sentido ha operado el proceso que denominamos *subsunción aporética*, relacionado con *metátesis aporética*; ambos procesos condicionan el advenimiento axiológico y nos ocuparán más tarde, aunque por ahora diremos que el significado de la subsunción estriba en necesidad de proseguir la experiencia en avatar histórico mediante el tránsito de ontología a epistemología, antropología y axiología. La metátesis comporta correlación temática de la filosofía respecto a las ciencias particulares, de modo que cuestiones originalmente planteadas en filosofía se trasladan a las ciencias para su tratamiento experiencial; los conceptos epistemológicos o antropológicos se reintegran a la filosofía mediante la criticación aporética que presenta en la época actual la nueva perspectiva de universalidad constatada a través de la axiología.

Las tesis ontológicas, epistemológicas y antropológicas registran homóloga secuencia de variantes doctrinarias, de modo que cualquier hipótesis axiológica puede considerarse reflejo de similar doctrina ontológica, epistemológica y antropológica, teniendo a la base los respectivos conceptos universales. La diferencia específica que asiste a la experiencia del valor se expresa en relación a intereses evolutivos de la cultura, que a la vez se manifiestan en doctrinas históricamente dadas. Por ello encontramos en axiología gran cantidad de problemas que han sido anteriormente expuestos en otras disciplinas, como sucede con las tesis del empirismo, el materialismo, el idealismo, el criticismo y demás *ismos* que se integran a partir de la correlación objetivo-subjetiva y se proyectan mediante las doctrinas del ser, el conocer y el vivir, pero ahora encuentran, por análogos motivos, nueva modalidad con el apoyo que proporciona el concepto universal del valor.

Este hecho explica por qué las diversas posturas de la pluralidad doctrinaria subyacente en axiología se comprueban como reiteración de una temática similar en concepciones de hacer y vivir, de modo que nuestra disciplina se presenta en plano susceptible de recibir determinaciones homólogas a las que se formulan en diversas épocas y con variados sistemas o ramas de la filosofía; recíprocamente, la criticación axiológica revierte a los anteriores postulados, cuya común explicitación se encuentra en la génesis sistemática de las posturas filosóficas.

10. *Primado humanista*. Cualquier ejemplo que quiera aducirse verificará la posibilidad de convertir en axiológicas las tesis sustanciales de doctrinas prelativas, sobre la base de esgrimir el mismo concepto fundamental y verificarlo mediante aplicación de categorías genéricas. Se trata en rigor de un solo planteamiento formal que corresponde a la teoría de la experiencia y tiende a verificar el concepto clásico inherente a cada postura, cuyo enlace estriba en obtener la cosmopsicovisión uni-

versal contemplada en cuatro posiciones distintas. Así llegamos a concluir que todos los objetos poseen determinadas propiedades naturales —ontología— pero adquieren sentido para nosotros en la medida que los conocemos —epistemología—, figuran como contenido de experiencia —antropología— y comportan un valor por los atributos que les confiere su vinculación con nuestros intereses —axiología—. La gran mutación experimentada por la teoría de la experiencia se cifra en el replanteamiento del problema universal y registra el tránsito del *ser* al *conocer*, al *hacer* y al *vivir*, mediante la dependencia exhibida frente al valor; así se origina la auténtica cosmopsicovisión como doctrina universal en paralelo al concepto que opera en torno a la universalidad axiológica.

El nódulo de postulados se localiza en el primado humanista, o sea la atribución del hombre como centro de gravedad en su propia experiencia; el replanteamiento crítico de la temática clásica se produce en tal forma que el ser es interpretado en relación a la naturaleza humana, y así es como la criticación ocurrida desde la época socrática admite que los objetos de la realidad, aunque sean independientes del hombre, sólo pueden ser conocidos cuando ingresan al marco de las determinaciones epistemológicas y antropológicas, de modo que el ser existe para nosotros en la medida que lo conocemos, y lo conocemos en la medida que nos relacionamos con él. Las categorías del conocer actúan como determinantes del ser y se reflejan en el hacer y el vivir; lo propio acontece con el valor, categoría universal por excelencia, inserta inequívocamente en la esfera omnicomprendensiva de los intereses; por tal virtud concluimos que, así como la existencia del ser comporta en forma crítica la superación del ser-en-sí, la doctrina del valor nos lleva al conocimiento del *valor-en-mí*, o sea: *el valor que es del hombre, en el hombre, con el hombre, por el hombre y para el hombre.*